



De izquierda a derecha Alfredo Madariaga Torres, Gilberto Nápoles Lizalde †, Blanca E. Galeana Inclán, Armida Verdugo, Armando Ayala Zapata, Pedro Lecheño, Ricardo Suárez Correa, Gonzalo Galván Gamíz, Luis Barragán y Raúl Ferrera Torres †.

## Mi experiencia con Luis Barragán

Jesús Alfredo Madariaga Torres\*

**C**reo que siempre es una obligación hablar de un amigo, y más aún si a éste se le guarda admiración y respeto; me refiero al arquitecto Luis Barragán, quien me enseñó valores no sólo de arquitectura sino de la vida.

Es frecuente que en el ámbito arquitectónico, cuando aparece un artículo sobre algún artista, ya sea nacional o internacional (como en el caso del arquitecto Barragán, quien el 22 de noviembre cumple 10 años de fallecido), sus obras adquieran relevancia y se envuelvan en una atmósfera de mitos y leyendas. Barragán ha dejado una influencia sólida y valedera a magníficos arquitectos, mismos que no lo imitan, lo comprenden.

La firmeza de sus convicciones artísticas son trascendentales, pues no se dejó influenciar por la moda de la llamada arquitectura internacional, iniciada, de acuerdo con él, por industriales cuya única finalidad es vender —mediante esa moda inducida— sus productos: acero, aluminio, vidrio, complejos sistemas de aire acondicionado, así como los materiales sintéticos actuales. Pero la convicción valiente y decidida de Luis Barragán de hacer una arquitectura nacional sin alardes técnicos, despertó la consciencia de otros arquitectos en el mundo.

No pretendo hacer un elogio más al arquitecto Luis Barragán, ya que hay muchos y muy bien escritos. La información que presento no es cómo se ve la obra concluida, criticada en una revista especializada, sino cómo se ve desde adentro del taller de arquitectura, en la fábrica de ideas, en el laboratorio.

Se ha creado la imagen de que el arquitecto Barragán era un genio que sin gran esfuerzo producía obras de alta calidad —creo que hay algo de

verdad en lo que se dice—, por eso el mito aún vive. También existe una imagen muy romántica respecto a su obra, que se aleja por completo de la realidad, pues se pinta a los artistas como genios soñadores que se entrevistaban con musas o algún dios del Olimpo, que le murmuraban al oído cómo desarrollar su obra, es decir, los inspiraban. Mi experiencia en el despacho de Barragán me permitió ver que a don Luis no le ocurría esto. Él era un ingeniero civil bien capacitado, calculador, astuto, arriesgado, trabajador y organizado, capaz de concebir y diseñar ciudades completas.

En mayo de 1980 entré a trabajar a su taller, ahí se realizaban las láminas de presentación de las oficinas del corporativo VISA. Este momento representaba para mí la realización de mi sueño dorado: trabajar en un taller, donde abundaban proyectos interesantes, desarrollados de manera creativa y libre. Aunque en ese entonces estaba por terminar mi carrera profesional, fue hasta ese momento que empezó a develarse mi vocación, bajo la dirección del arquitecto Luis Barragán y su socio Raúl Ferrera.

El método de trabajo en el taller se dividía en varias etapas. Antes de empezar a dibujar cualquier cosa, se sostenían varias pláticas con el cliente, para conformar el programa arquitectónico. Don Luis pensaba que si uno se ponía en el traje del cliente —adquirir su personalidad y entender sus necesidades—, uno podría exigirse más a sí mismo, logrando mejores resultados. Después de haber llegado a un programa preliminar, se pasaba a la parte poética y romántica del proyecto, es decir, se empezaba a soñar, imaginar, a crear la historia narrada del proyecto. Se comenzaba a describir, como si uno fuera caminando en él. Don

\*Profesor de la ESIA Tecamachalco.

Luis lo aprendió del jardinero francés Ferdinan Bac, quien decía algo así: "...pasamos por un pasillo largo, que en el fondo remata con muro alto perpendicular a él, y al dar vuelta nos encontramos con una puerta de cuadritos de tablonces de madera de sabino" –madera predilecta de Barragán.

Después de describir el proyecto, pasábamos a la etapa que se denominaba concepto básico, donde se empieza a dibujar, en forma esquemática, la distribución de masas en el terreno de los diferentes locales del programa, señalando las partes más importantes como: patios, prados, estanques de agua, etcétera.

Este primer esquema por lo general era totalmente rechazado y criticado por don Luis. Su frase era: "Al principio todo es un caos". Luego se presentaban nuevas propuestas, las cuales eran discutidas una y otra vez. Recuerdo que yo llegaba en las mañanas y colocaba mis fachadas en croquis en la pared –de 10 a 15 alternativas–, y al llegar empezaba con su: "No, no, no". Aunque siempre las vio con respeto, pasaba mucho tiempo, incluso meses, para que escucháramos la palabra: ¡adelante!

Nunca lo vi sentarse en un restirador, estar con la regla "T", tampoco lo hacían quienes tenían más tiempo que yo en el taller. De las propuestas que uno hacía, nos daba indicaciones con pequeños croquis o en la plástica. Debo mencionar que además de hacer dibujos, realizábamos maquetas de estudio. Con el paso del tiempo aumentaba nuestro ánimo y desesperación por ver el producto final del trabajo, también los clientes se encontraban en las mismas condiciones.

Después de que el cliente aceptaba la idea y hacía algunas sugerencias, pasábamos al desarrollo del proyecto. En este periodo había un poco de calma en el taller. Se reanalizaba cada cuarto, cada puerta, cada fachada, y se dibujaban los primeros planos constructivos que se entregaban a los asesores para sus primeras recomendaciones, las cuales casi siempre traían nuevos cambios. Ingenieros de amplios conocimientos, con su lógica fría, mejoraban y purificaban nuestros proyectos después de su crítica. La mayoría de las veces, en esta etapa don Luis no paraba de maquinar día y noche sus ideas, y de repente llegaba al taller con nuevos cambios. Una idea totalmente diferente –que casi siempre era mejor a la anterior–, que nos obligaba a rehacer buena parte del trabajo.

Hasta ese momento, sólo habían sido pasos preliminares: los planos, los presupuestos, los cálculos, las licencias. Pero al poco tiempo se iniciaban las construcciones, siempre tan grises y desordenadas. Así, paso a paso, se percibía lo que representaban esos croquis, planos, maquetas. Hasta que surgía con claridad la obra completa y comienza a acabarse lentamente; había de todo: sueños, quejas, gritos, discusiones, errores, gastos y desvelos, pero con mucha satisfacción las

cosas acababan bien. Sin embargo, aparecían los últimos detalles que había que resolver con cuidado; todos ellos son los que finalmente le dan calidad al edificio.

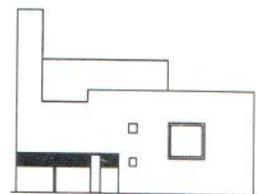
A partir de este momento se decide el "color", pues como don Luis decía: cada obra pide su color. Como lo comentó en una entrevista al arquitecto Mario Schjetman: "El color es un complemento de la arquitectura, sirve para ensanchar o achicar un espacio. También es útil para añadir ese toque de magia que necesita un sitio. Uso el color, pero cuando diseño no pienso en él. Comúnmente lo defino cuando el espacio está construido. Entonces visito el lugar constantemente a diferentes horas del día y comienzo a 'imaginar el color', a imaginar colores desde los más locos e increíbles. Regreso a los libros de pintura, a las obras de los surrealistas, en particular los de Chirico, Balthus, Magritte, Delvaux y las de Chucho Reyes..."

Cuando se tenían varios proyectos en el año, los arquitectos que laborábamos ahí, nos rotábamos la jefatura del taller. El responsable en turno desarrollaba el proyecto, o sea, elaboraba las rutas críticas, hacía la programación de los insumos, la coordinación del personal, la contratación de maquila de planos, etcétera. Esta manera de trabajar de don Luis –en lo personal–, me ayudó a desarrollarme y madurar, porque cuando estaba a cargo de un proyecto, tenía toda la responsabilidad, y cuando apoyaba a otro arquitecto, aprendía a trabajar y sacrificarme por el equipo.

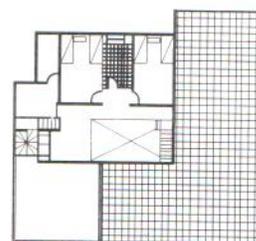
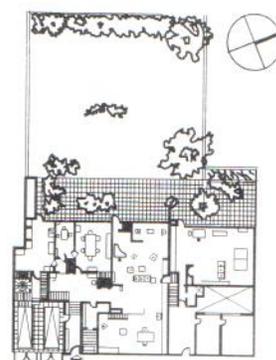
Existen muchos estilos de arquitectura –algunos de gran calidad–, pero pienso que el estilo de Luis Barragán es de una arquitectura "orgullosamente mexicana", que ha traspasado las fronteras del país, pues empleó un lenguaje noble y sencillo. No me queda más que darle las gracias por lo que me enseñó, pues los valores aprendidos de él me servirán a lo largo de mi vida y perdurarán a lo largo de mi existencia ☺

**Bibliografía:**

*Bosquejo crítico a Luis Barragán, del Museo Rufino Tamayo, diciembre 1985 - marzo 1986.*



Fachada de la casa de Luis Barragán.



Plantas.